



"Los árboles azules", de

Fernando Emmerich



Por Hugo Montes

Fernando Emmerich nos entrega una novela corta, ese género curioso para el cual el castellano carece de una palabra adecuada. Porque no se trata de novela breve ni de cuento largo. Es un subgénero narrativo con características propias, en las que el silencio del autor y -por consiguiente del lector- poco tiene que hacer con el exigido por los novelistas o los cuentistas. Quizás sea también cuestión de tono. A menudo, los grandes escritores de novela corta -Thomas Mann, Maupassant- ambientan su obra en un mundo semipoético, sus personajes tienen aura, el relato queda como ungido por una gracia distinta.

Algo de esto inevitablemente vago que recién mencionamos aparece en "Los árboles azules", de Fernando Emmerich (Ediciones Alborada, Valdivia, 1984). Es un libro en el cual pasan pocas cosas. Su peripécia externa casi no existe. Un joven profesor viaja desde Valparaíso a un pueblo vecino para dar clases particulares a una chica de trece años, de la que en alguna forma se enamora. Hay que decirlo así, con rodeos, porque no es muy claro su amor. Una mirada, un roce al pasar, alguna frase insistente nacida de la alumna... eso es todo. Luego, la distancia. El viaja a Valdivia y regresa después de cinco años. La adolescente es una joven que pololea con un muchacho veinteañero. Todo termina con la separación definitiva.

Ya se ve, anécdota escasa y elemental.

Pero es del caso decir -y con énfasis- que en este caso la procesión va por dentro. Importa el silencio que pudo ser palabra, la inacción que debió ser noviazgo, la inseguridad, la vacilación, la duda. El

lector acompaña al protagonista en su sensibilidad aguda y en su lamentable (?) timidez.

El adjetivo lleva signo de interrogación porque no es muy claro que mejores habrían ido las cosas si la pareja se hubiera unido. El relato vale precisamente como la plasmación dolorosa y feliz a la vez de un sueño. El joven profesor se ha identificado con la realidad de su discípula y vive un amor adolescente, intenso pero platónico, cuyo destino era permanecer en el plano del espíritu. Se realizó plenamente pero sin salir al mundo de los hechos, sin acomodo de nombres -pololeo, noviazgo, matrimonio. No se le puso nombre ni siquiera se le llamó amor a este sentir hondo.

"Así es mejor, sin nombre todavía", dice un verso que yo escribiera años atrás. Me atrevo a pensar que pudo servir de epígrafe al libro de Fernando Emmerich, más sugerente que preciso, antes de un hondo sentir que de acción definida.

Libro con sentido de la nostalgia. Todo es evocación de lo que pudo ser y no fue, o esperanza de lo que podría alcanzarse si es que se hubiera actuado así o así, si esto o lo otro se hubiese dicho.

Perfecta, además, la ambientación pueblerina. El "qué dirán" está presente constantemente. Hay vecinos que lo saben todo, hay una urgente necesidad de ocultar pobrezas y amores, hay sencillez más aparente que real en las conversaciones, hay timidez y admiración ligeramente envidiosa por lo de afuera.

Fernando Emmerich alcanza una alta dimensión de escritor de interiores con su breve pero enjimioso libro "Los árboles azules".

lo 2000. Sigo. 29-VII-1984. P. 13, 2do Cuadro

208866

"Los árboles azules", de Fernando Emmerich [artículo] Hugo Montes.

AUTORÍA

Montes, Hugo, 1926-2022

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Los árboles azules", de Fernando Emmerich [artículo] Hugo Montes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)